

PonESPÓSITO-MUSCIA_12

Comunicación Comunitaria con perspectiva de género

Datos de autoras:

Lic. Pilar Espósito

DNI 25910287

Licenciada en Comunicación Social

Auxiliar Docente de 1ra Categoría del Área de Comunicación Comunitaria – Facultad de Ciencias de la Educación (UNER)

Facultad de Ciencias de la Educación (UNER)

Eje 12 Comunicación y género

pilaresposito@yahoo.com

Lic. Mara Muscia

20404808

Licenciada en Ciencias de la Comunicación

Auxiliar Docente de 1ra Categoría del Área de Comunicación Comunitaria – Facultad de Ciencias de la Educación (UNER)

Facultad de Ciencias de la Educación (UNER)

Eje 12 Comunicación y género

musciamara@gmail.com

Nuestro marco contextual

Desde el Equipo de Género del Área de Comunicación Comunitaria (ACC) de la FCEdu, durante un año, desde julio de 2016 a julio de 2017, trabajamos en el marco de un Proyecto de Extensión de comunicación comunitaria con perspectiva de género en el comedor comunitario paranaense ubicado en el barrio Belgrano de la ciudad de Paraná.

Lo que nos motivó a desarrollar este trabajo fue una experiencia realizada el año anterior al inicio del proyecto [1], en la que participamos de un grupo interinstitucional desde el cual coordinamos talleres de género en diversos barrios de Paraná para abordar contenidos que profundicen en la violencia hacia las mujeres y plasmarlos en diversos productos comunicacionales (videominutos, stop motions, fotonovelas y cortos) que fueron producidos colaborativamente.

Las integrantes de este comedor comunitario habían formado parte de esta experiencia y a nosotras nos había motivado especialmente su participación en los talleres, por eso nos resultaba interesante profundizar este recorrido y trabajar exclusivamente con ellas, esta vez insertándonos nosotras en su territorio, en su barrio, en sus lugares de referencia, para trabajar desde ahí, desde su cotidianeidad, estas cuestiones que tienen que ver con ellas y su comunidad. Todo esto atravesado, a su vez, por la temática de género y decantando en instancias de producción de diversas piezas comunicacionales destinadas a la circulación dentro de su entorno: el barrio en general y el comedor en particular.

En términos más específicos, nuestra propuesta de taller consistió en realizar un abordaje de cuestiones que atravesaban las mujeres del barrio a partir de indagar en los sentidos de su vida cotidiana y en cómo es su relación con los varones -puntualizando en el seno familiar-, para ir a lo largo de los encuentros desenmarañando y desnaturalizando prácticas familiares y sociales que dieran cuenta de relaciones asimétricas entre mujeres y varones, de problemáticas como la violencia doméstica y las relaciones abusivas en los noviazgos adolescentes. Queríamos indagar y sensibilizar creativamente acerca de la relación de las mujeres con su barrio, su comunidad y su vida familiar.

En fin, lo que pretendíamos desde nuestro equipo era ofrecer un espacio para conversar y reflexionar conjuntamente acerca de las problemáticas de género actuales y los roles que socialmente se asignan a mujeres y varones, incorporando formas posibles de relaciones más equitativas. Y finalmente, intentamos expresar estas ideas en diversos formatos comunicacionales para compartir con su comunidad.

Un recorrido desde la comunicación comunitaria

Para el Equipo de Género la comunicación comunitaria es la columna vertebral desde la cual pensamos nuestras prácticas comunicacionales y nuestras formas de producción de conocimientos. Introducirnos en una realidad, interactuar con ella y luego reflexionar acerca de esa experiencia nos abre las posibilidades de conocernos a partir de re-conocer a la otredad y de elaborar teorías orientadas a la comprensión de un contexto determinado a partir de la integración de las diversas voces que lo componen. Comprender a la otredad para comprendernos a nosotrxs mismxs y pensarnos desde un lugar más amplio que nuestros propios espacios de referencia.

Al hablar de lo comunitario no nos referimos específicamente a un espacio geográfico y social específico, como es el comedor, o como bien también podría ser el barrio; nos referimos más bien a un espacio entendido como una red de relaciones, en el que su identidad está delimitada por los rasgos comunes que comparten lxs diverxs integrantes que interactúan en él, alimentado por un vínculo de pertenencia a esa red que a su vez conforma un conjunto, la comunidad.

Al decir de María Cristina Mata, “una comunidad, como bien se sabe, no alude solamente a la existencia de un grupo de individuos, sino que además refiere a las interacciones que se construyen dentro del mismo” (2009: 23).

De esta manera, entendemos que lo comunitario está atravesado por las relaciones que se producen y articulan en ese conjunto y por las dinámicas relacionales cuya consecuencia es la producción y articulación de acciones colectivas, tendientes a lograr transformaciones sociales en pos del bienestar de los integrantes que componen ese colectivo y de la construcción de ciudadanía.

Cuando pensamos en lo comunitario también nos referimos al proceso que realizamos en cuanto a la modalidad de trabajo en los talleres, donde las actividades que proponemos apuntan al diálogo, la escucha atenta, la reflexión conjunta y la producción de contenidos y mensajes que posteriormente son socializados en el espacio del comedor, considerando que si bien no es el único del barrio, es un espacio social de referencia muy fuerte de la vecindad a la vez que muchas mujeres se acercan a ese lugar como si fuera un refugio donde compartir sus problemas.

Consideramos que a través de la comunicación comunitaria tenemos la tarea de generar y reforzar espacios de participación en los que se desplieguen en constantes ejercicios creativos, reflexivos y dialógicos ciertas herramientas comunicacionales que apunten a la construcción

conjunta de ciudadanía y al desarrollo de prácticas sociales más equitativas y comprensivas de las diferencias. Esto a partir de un proceso comunicacional orientado a profundizar contenidos desde una perspectiva de género y defensora de la equidad entre varones y mujeres.

El taller como modalidad de trabajo estratégico para garantizar el diálogo, la reflexión y la construcción conjunta

La modalidad de talleres es una forma de implementación, a través de la metodología de la educación popular, de dinámicas que estimulen la participación y el pensamiento crítico para apropiarse de conocimientos y de formas de comunicar a partir de la creatividad y la puesta en producción colectiva.

En este sentido, desde el Equipo de Género apostamos a fomentar una dinámica grupal que tenga como punto de partida la presentación de casos y problemáticas, la puesta en común de las mismas a partir de las vivencias y experiencias particulares y el proceso de producción colectiva, donde se plasmen los contenidos trabajados en un producto comunicacional realizado enteramente o en gran parte -en caso que se requiera de dispositivos tecnológicos- por las talleristas.

En términos de Ander Egg nuestro abordaje considera al taller como “una palabra que sirve para indicar un lugar donde se trabaja, se elabora y se transforma algo para ser utilizado” (1999:14).

Acerca de la perspectiva de género

Inicialmente, en el ACC se trabajó la temática de género desde una línea orientada a desarrollar contenidos relacionados a la violencia en las relaciones de noviazgos adolescentes. A partir de 2015 dimos una vuelta de tuerca en función de abordar la violencia de género como un aspecto que atraviesa toda la sociedad de manera transversal y estructural y que uno de los mayores problemas al momento de afrontar esta temática es la invisibilidad y naturalización de las diferencias entre mujeres y varones.

Desde esta postura, consideramos que la perspectiva de género debía ser recorrida a partir de un trabajo reflexivo en relación a cómo somos las mujeres, cómo nos relacionamos con los varones y cuál es nuestro rol en el seno de nuestras familias, suponiendo que a partir de estos interrogantes iríamos desenmarañando aspectos fundamentales de la problemática de la desigualdad de género, y comprendiendo -al decir de AMARC, ALC y ALER-, que “la asignación de roles sociales y la división del trabajo limitaron la participación femenina apoyándose en

supuestas características naturales”. En este sentido, la clave es “«desencializar» la percepción de la mujer. Mostrar, críticamente, que la subordinación femenina no es natural a pesar de ser una constante en las más diversas tradiciones y comunidades. Evidenciar el carácter cultural, social y político de los complejos procesos de asignación de roles y espacios de acción en base a condiciones atribuidas -no natural, sino culturalmente- a la feminidad y la masculinidad” (2008: 5).

Desde el Equipo de Género nos propusimos trabajar la temática a partir de repensar ciertas prácticas cotidianas desde un lugar crítico y de reconocimiento de los roles masculinos y femeninos, y desde el juego de pensarnos desde otro lugar, cuestionando los estereotipos y mandatos sociales. Consideramos que estas nuevas formas de conceptualizar las relaciones de género a su vez nos abren camino a la reflexión acerca de las construcciones sociales de sentidos y los códigos culturales que tenemos incorporados como parte “natural” y fluida de nuestra sociedad.

Todo esto reconociendo la importancia de realizar un ejercicio constante de visibilidad de estos patrones culturales que establecen cómo nuestra sociedad marca el “deber ser” de la mujer y del varón. Y a su vez dimensionando que las formas patriarcales en las que se expresa y caracterizan a nuestra sociedad son violentas e imponen la subordinación de las mujeres.

Como afirma Ottaviano, “la relación de género con otros campos de la vida social está hegemonizada por las violencias. Hay una escasez asfixiante de vínculos con, por ejemplo, las temáticas de género y la ciencia, o la salud, la educación, los derechos humanos, la política, la búsqueda de igualdad salarial, el acceso igualitario al poder judicial. Todas estas realidades están invisibilizadas... Cuando nos reconocemos como el sujeto político que somos, se nos discrimina. Porque invisibilizar también es discriminar” (Chaher, 2014:7).

“Todas las situaciones de violencia de género son pluridimensionales y tienen, por lo tanto, su dimensión significante y un común denominador: la desigualdad social estructural, tanto de género como de clase, de raza, de etnia, entre otras” (Defensoría del Público, 2014:5).

Deconstruir para resignificar y avanzar en un proceso de empoderamiento de las mujeres que ponga en debate hacia su comunidad y sus espacios sociales de reconocimiento (el comedor, el Centro Comunitario y el barrio) la construcción de sentidos orientados a prácticas cotidianas liberadoras, equitativas y respetuosas entre mujeres y varones.

Acerca del comedor y las mujeres del taller

Lula no sólo es la cocinera del comedor, es el alma del lugar. Ella y su marido Juan son quienes llevan adelante ese espacio desde el momento de su creación, hace más de 30 años (él administrándolo y ella “poniéndole el cuerpo”). De sonrisa dulce y mirada observadora, todas dicen que ese lugar es lo que es gracias a ella “que le pone el alma a las cosas”. Junto a ella, hay tres cocineras más y a veces reciben alguna que otra mano de visitantes que pasan a saludar y se quedan hasta que la comida está hecha, de paso almuerzan. Ese es un barrio de gente humilde, por lo que el plato de comida que se ingiere ahí para muchas personas es el único del día.

El Centro Comunitario está comprendido en gran medida por el comedor. Al lado de la cocina y el salón con más de seis mesas y decenas de sillas hay una pequeña habitación que hace de biblioteca y que a la siesta niños y adolescentes del barrio se acercan a leer o a recibir clases de apoyo escolar. En ese espacio también se desarrollan talleres de costura una vez por semana, del que participan varias mujeres, la mayoría de ellas también vinculadas a la actividad del comedor, como ayudantes de cocina o como comensales. Todo esto transcurre en el espacio del salón, el mismo donde al mediodía se sientan a comer y a la tarde a recibir la copa de leche.

Este lugar tuvo su origen en 1985, cuando un grupo de personas del barrio con el apoyo de representantes políticos allegados a este sector vulnerable de la ciudad, consiguieron un terreno sobre el que se construyó el Centro Comunitario y otro a unos 600 metros de distancia, que actualmente funciona como una segunda cocina del mismo comedor situado en el Centro.

En el barrio hay muchas necesidades y el Centro de Salud fue históricamente el lugar que recepcionó los problemas de salud y sociales del barrio. El Centro Comunitario se construyó a menos de 40 metros y en una entrevista publicada en youtube, Juan contaba que “siempre se trabajó con el Centro de Salud, a partir de sus inquietudes porque registraron más de 30 chicos desnutridos en la zona, y ahí comenzó la historia del comedor”... “(Lo hicimos)... para trabajar bien con la gente y hacer algo por los barrios”. Así, el comedor del Centro Comunitario arrancó hace más de 30 años alimentando a 30 niños desnutridos y actualmente da una ración de comida diaria a más de 300 personas del barrio.

Lo que tienen en común quienes trabajan ahí -por una paga mínima- y quienes van con sus hijos a comer, es que todas se acercan a Lula para contarles sus problemas. Ella es una persona siempre dispuesta a dar una mano, ya sea para ayudar a tramitar un plan social, para gestionar bienes materiales para alguien que lo necesite (como colchones, medicamentos o comida), o bien simplemente para dar un consejo.

Las mujeres van al Centro Comunitario no sólo por las actividades que se realizan, sino porque allí encuentran “buena compañía” un espacio donde sienten que no están solas, “un lugar donde ir y hablar de los problemas”, y una persona como Lula que “te escucha y siempre tiene buenos consejos para dar”. Ellas, agradecidas a la dirigencia del Centro, le ofrecen la fidelidad de estar ahí cuando Lula las necesita. En parte por eso, otro tanto por curiosidad, nuestros talleres de comunicación comunitaria con perspectiva de género encontraron en ese espacio un escenario y un grupo de mujeres esperándonos cada miércoles a la siesta con el mate dulce, una sonrisa halagadora y el nerviosismo de “qué iremos a darles para hacer hoy”.

Una mirada a los talleres: características y problemáticas que nos atravesaron

Adentrándonos en las especificidades de nuestros talleres, en primer lugar podríamos decir que ni bien nos acercamos al comedor y conocimos a Lula y sus cocineras, ellas nos mostraron entusiasmadas registros fotográficos de las actividades culturales y eventos festivos que organizar, tales como festejos del día del niño y de la primavera, donde cortan la calle y sacan la comida a la vereda, para que lxs vecinxs puedan participar. Por ello, al ver la importancia que tiene ese espacio para las personas del barrio, consideramos que uno de los más grandes aportes que podíamos hacer en esos talleres era generar insumos comunicacionales para que ellas pongan en circulación en ese espacio tanpreciado de influencia barrial, así como también en el Centro de Salud.

En este sentido, Jorge Huergo recupera el pensamiento de Paulo Freire quien destaca que el desarrollo de trabajos o acciones estratégicas de comunicación o educación comunitaria no debe hacerse "para" un otro, lo que conlleva implícitamente un trabajo "sobre" o "contra" el otro, sino "con" los otros, en un trabajo conjunto de búsqueda de sus formas de organización propias. De este modo, la/s propuesta/s surge/n de una problematización de aquello que es significativo para la comunidad, y para que esa comunidad pueda reconocerse efectivamente como interlocutora de un diálogo es necesario que quienes intervienen "conozcan y reconozcan sus prácticas socioculturales" (2004:1).

Desde este lugar, nuestro desafío consistió en trabajar y producir colaborativamente, cada una desde sus conocimientos y su mirada particular, poniéndolas en común a través de la interacción dialógica para producir entre todas una mirada colectiva. Todo esto pensando en lo que este grupo de mujeres quisiera contar a sus vecinxs, contemplando que ellas desde ese espacio de reconocimiento barrial podrían convertirse en emisoras de mensajes y empoderarse en ese sentido como “grandes portavoces de su comunidad”.

Para ello, las actividades y estrategias que nos planteamos desde un primer momento fueron las siguientes:

- Instancias dialógicas y participativas de reflexión y profundización de contenidos relacionados con la realidad del barrio y su cotidianeidad.
- Ciclos de proyección de películas y cortos que aporten a la reflexión y al debate de los contenidos trabajados en los talleres.
- Actividades a partir de la producción de dibujos y fotografías, para que se apropien de las herramientas creativas y comunicacionales que tenían a mano.
- Producciones colectivas de piezas comunicacionales, tales como fotonovelas, afiches, spots audiovisuales, etc.

En cuanto a los resultados específicos que pretendimos alcanzar, los mismos consistieron en:

- Incentivar y reforzar el empoderamiento de las mujeres acerca de ciertas problemáticas comunes.
- Reflexionar acerca de los problemas de violencia de género. Construir entre todas nuevas miradas sobre la temática.
- Producir nuevas formas de expresión y comunicación.
- Realizar colaborativamente productos comunicacionales.

Acerca de las destinatarias de los talleres, podemos decir que participaron un promedio de ocho mujeres de diversas edades (alguna que otra vecina se asomaba cada tanto a ver de qué se trataban los talleres). De esta población hemos logrado detectar las siguientes particularidades:

- Todas ellas están estrechamente vinculadas al comedor y a Lula.
- En el espacio del taller convivían mujeres de distintos niveles educativos (que incluía desde una mujer analfabeta hasta una joven que hasta recientemente impartía las clases de apoyo escolar) y distintos rangos etarios (siendo la más joven de 16 años y la mayor de más de 70).
- Si bien la mayoría de las participantes consideraba la violencia y la inequidad de género en sus diversos aspectos un tema preocupante a nivel social, al momento de hablar sobre eso la participación era tímida y muy escasa.

A continuación, profundizaremos en algunas caracterizaciones que atravesaron, condicionaron y reforzaron las formas que tuvo esta experiencia de comunicación comunitaria en esta organización barrial específica.

La participación y sus limitaciones

De adolescentes a sextagenarias, todas sentadas en ronda y atentas a nuestras propuestas, una vez a la semana intentado realizar acciones conjuntas: desde ver una película hasta pensar una historia, desarrollar un guión y tomar una cámara de fotos para hacer fotonovelas. Si hay algo que tenemos que reconocer es que desarrollar talleres con personas tan diversas, a nivel étéreo y educativo, nos resultó un gran desafío que todavía no estamos muy seguras de haber afrontado exitosamente.

La participación para nosotras no sólo tiene que ver con poner en diálogo las distintas voces como una herramienta de debate, reflexión y consenso. Es además una forma de ejercicio de poder, de afianzar vínculos, de ejercer ciudadanía y de construir prácticas y relaciones sociales liberadoras.

Al decir de Rebellato, “Se trata de transformar estas redes y estos espacios, conformándolos como redes que dan libertad, es decir, factores que potencian una identidad socio-cultural, fortalecen intercambios de comunicación, capacitan en la construcción de espacio y cultura democrática, ayudan a visualizar colectivamente la situación de exclusión, permiten construir estrategias y distribuir equitativamente las responsabilidades del poder y la decisión” (2000:16).

Nuestra apuesta a lograr un espacio de participación, “construido entre todas” era nuestra mayor prioridad. En este sentido, las mujeres mayores en su mayoría se destacaban por su verborragia incontenible, mientras que las más jóvenes tendían a abrir la boca para hacer bromas o burlarse de alguna compañera (también joven). La brecha generacional entre las mayores y las más jóvenes fue una característica que delimitó el espíritu de los talleres. No era fácil, en varias ocasiones nos ocurrió que al enunciar ciertas problemáticas actuales, como por ejemplo la conducta de mujeres y varones en las fiestas, las mujeres mayores traían a la reflexión sus propias vivencias adolescentes mientras las jóvenes las miraban con desconcierto y lejanía. Una brecha generacional que marcaba mundos diferentes. Divertido quizás, pero en gran medida un enorme desafío para el Equipo de Género intentar unificar ese lenguaje e incorporar a las mayores en la reflexión acerca de la violencia doméstica o incluso el femicidio.

Las unas y las otras, todas ellas, siempre con la mirada atenta en Lula, que estaba ahí supervisando todo lo que ocurría, guionando a veces la participación, completando las ideas de sus compañeras o transmitiendo las suyas propias como si fuese una manifestación grupal. Ella era el eslabón de las diferencias generacionales: a veces hacía de facilitadora y otras de traductora, en ambos casos todas asentían.

Los problemas de violencia de género: Un terreno sinuoso

Nuestros talleres estaban orientados a trabajar las distintas problemáticas de violencia de género que atravesaban las mujeres del barrio. En una primera reunión que hicimos de diagnóstico de la situación, las mujeres presentes en ese momento reconocieron que era un problema que algunas de ellas, las presentes, había atravesado alguna vez, y nos contaron a viva voz que en el comedor asistían mujeres maltratadas por sus maridos y que algunas no se animaban a hablar. Esto nos hizo considerar inicialmente que si las mujeres lograran apropiarse de los talleres podrían fortalecer aunque sea mínimamente su capacidad de empoderamiento y obtener mayores herramientas para lograr atravesar esa situación y, en el mejor de los casos, salir de ella.

Lo que ocurrió fue que aquellas mujeres que inicialmente manifestaron estar atravesando situaciones de violencia de género (o haberlas atravesado), dejaron de asistir a los talleres, en palabras de Lula, porque “dejaron de venir a comer”. Más allá de generarnos el interrogante de por qué estas mujeres no asistían más al comedor y la pena de que no realicen este recorrido junto a nosotras, nos quedó la sensación de frustración de no haber podido aportar nuestro granito de arena.

Los contenidos que trabajamos inicialmente no aludían específicamente a la temática (los primeros encuentros abordaron cuestiones de la comunidad del comedor, de la identidad del barrio y de quiénes somos y qué nos gusta hacer). Considerábamos que teníamos que trabajar transversalmente sobre las formas de la violencia y la desnaturalización de la misma. Por eso, inicialmente la temática salía a modo de comentarios mechados entre el desarrollo de otros contenidos, nosotras “bajando línea” sin tener mayores devoluciones, hasta que en las rondas de mates empezamos a escuchar que se hablaba de lo que le pasó a fulana o la paliza que le dieron a mengana.

Ese era el espacio donde se generaban los intercambios más fluidos. De esta manera, habíamos encontrado nuestra forma de inserción de la temática, desde lugar de enunciación desde el sentido común, desde un lugar del habla y la escucha donde no estábamos tirándoles

líneas y sugiriendo poner en forma sus reflexiones, sino desde la espontaneidad de estar sentadas junto a ellas. Así, entre mate y mate y galletitas sueltas, encontramos nuestros momentos de común-uniión, facilitando y haciendo más fluido y divertido el momento de producción.

Un granito de arena

María es una mujer de piel curtida y aspecto muy humilde. Ella, según nos contó, cuando se siente mal va al comedor a charlar con Lula de sus problemas. “Yo no necesito psicóloga porque vengo al comedor. Lula sabe todo lo que a mí me pasa”. Ella fue a los talleres desde el primer día, cuando nos detuvimos en una conversación que se centró en los problemas de violencia que había atravesado una de ellas. Ese día, María había expresado que ella no sufría violencia, y que tiene 22 nietos y bisnietos y que básicamente los cría ella. “Para las buenas todos están, pero para las malas...”, decía en alusión a que sus hijxs no se hacen responsables de sus niñxs.

Cuando en los primeros encuentros preguntábamos qué era lo que queríamos construir en estos talleres, María decía que quería “un espacio para tener nuestro lugar”. Para ella ir al comedor era un “recreo”, un momento para salir de su multitudinario y pequeño hogar, una vivienda muy humilde que se encuentra a pocas cuerdas del comedor. Para muchas mujeres este espacio significaba un momento para ellas. A veces iban y manifestaban que querían “dormir la siesta” y nosotras les preguntábamos por qué no se quedaban en sus casas y ellas respondían una callada sonrisa.

Una de las últimas actividades que hicimos en el taller consistió en un trabajo grupal donde entre todas tenían que pensar situaciones de micromachismos y recrearlas para filmarlas y hacer un videominuto. Para nuestra sorpresa, algunas situaciones que pensaron fueron experimentadas en carne propia, como por ejemplo el caso de María, que aportó como ejemplo cuando su marido se fue de la casa, que le dijo que la dejaba por alguien más joven.

Lo interesante de esto es cómo María, que inicialmente expresaba no sufrir violencia de género, a lo largo de los talleres terminó reconociendo esta situación como violenta.

Otra situación que recrearon fue la de una persona que propone juntarse a comer y las mujeres que exclaman con hastío “uhhh, otra vez” “siempre lo mismo, terminamos lavando nosotras”

Estas expresiones nos dejaron entrever que este espacio compartido a lo largo de un año tuvo sus movimientos. Las mujeres del taller, por un lado, y nosotras por el otro, realizamos un recorrido transformador: ellas porque lograron apropiarse de contenidos que en la actualidad

consideramos fundamental para promover la relación equitativa de mujeres y varones; nosotras porque seguimos aprendiendo de la experiencia de trabajar con un grupo tan diverso como éste y nutriéndonos de realidades diferentes a las de nuestra cotidianeidad. Así, en este ida y vuelta, todas fuimos aprendiendo algo y todas fuimos dejando algo en las otras.

Algunas reflexiones finales

Entre los resultados alcanzados podríamos señalar que las mujeres del Comedor reforzaron contenidos relacionados a temáticas de interés de su comunidad con perspectiva de género, así también como para proponer actividades orientadas al abordaje de la temática.

En relación a la modalidad de trabajo, pensar y producir en conjunto y utilizar medios de expresión novedosos para ellas ha generado un gran entusiasmo que en el último encuentro se manifestaron en las ganas de realizar una producción de mayor magnitud, tal como un libro, que cuente la historia del barrio y sus realidades. Estos modos de hacer más allá de los recursos comunicacionales tradicionales nos han permitido desplegar una abanico de posibilidad más amplio y enriquecedor del proceso, ya que producir desde “lo cultural refiere tanto a la posibilidad de crear algo nuevo, como a una afianzada manera de ser socializado” (Vich, 2014: 25) posibilitando la desnaturalización del sentido común, la socialización de estos aprendizajes, y por ende, la transformación de vida cotidiana.

Sin embargo, como hemos mencionado, trabajar contenidos de género con este grupo nos resultó un desafío que inicialmente no habíamos logrado vislumbrar. Una cosa era abordar la temática entre pasillos y mates, o incluso proyectar, y otra muy distinta era cuando las actividades propuestas requerían hablar del tema y desarrollar contenidos de manera más profunda, formal y comprometida. En apariencia surgía como más sencillo abordar estos temas desde el vínculo fraterno y un diálogo amistoso en el cual cada una de las mujeres sentía más liberada su palabra.

Más allá de las numerosas propuestas que llevamos adelante a partir de distintas estrategias comunicacionales nos resultó muy difícil a veces “volver visible lo invisible, desnaturalizar el proceso a través del cual se desarrolla la reproducción cultural generalizada y la aceptación acrítica de determinados comportamientos y valores” (Zicavo, 2014:149) en relación a las mujeres. En este sentido fueron factores desfavorecedores del proceso la diversidad etaria del grupo, la discontinuidad en la asistencia de los participantes a los encuentros, la presencia de una líder carismática y la escasa identificación de las participantes con la problemática de la violencia de género.

Por otra parte una pregunta que nos hicimos pensando en la participación es ¿Hasta qué punto pudimos desarrollar nuestra propuesta de comunicación comunitaria en un centro barrial que justamente se denomina comunitario? En relación a esto podemos decir que el aprendizaje de parte del Equipo de Género fue comprender la importancia de respetar los procesos y las modalidades de cada grupo. Reconocer que lo que ocurre en el “mientras tanto” puede llegar a ser más significativo que los resultados y las conclusiones también. Las expresiones de la vida misma resultaron ser más enriquecedoras y alusivas a las realidades que las atraviesan que las respuestas a las “consignas”, o a los resultados de los productos comunicacionales.

Lo que quedó de esta experiencia fue el reconocimiento: de nosotras mismas hacia ellas y viceversa, y el reconocimiento hacia Centro Comunitario como un espacio donde se trabajó con cuestiones de género y desde donde empezamos a preguntarnos acerca de la desnaturalización de las relaciones entre varones y mujeres. Reconocer para resignificar. Un granito de arena en medio de un contexto social donde estas mujeres afrontan cotidianamente diversas problemáticas, tales como la delincuencia y la drogadicción, además de graves problemas barriales.

Los talleres de comunicación comunitaria con perspectiva de género para el Centro Comunitario es una referencia más, importante para el barrio, quizás, pero más fundamental para cada una de las mujeres que estuvimos ahí, que fuimos parte de los encuentros y nos volvimos cada una a nuestras casa con la complicitad de saber que la sororidad es quizás la herramienta más poderosa que las mujeres podemos tener para atravesar problemáticas relacionadas a la violencia de género.

[1] A través del desarrollo de un proyecto en articulación con áreas del sector municipal, del estado nacional y organizaciones sociales paranaenses reconocidas por su trayectoria en las temáticas de género y la violencia hacia la mujer.

Bibliografía

-AMARC, ALC y ALER (2008) Gritos en el coro de señoritas. La apropiación del rol político de las mujeres a través de los medio, Buenos Aires.

-Ander-Egg, E. (1999) El taller: una alternativa de renovación pedagógica, Ed..Magisterio Río de La Plata, Buenos Aires.

- Carballada, J.M. (2006) La intervención en lo social, las problemáticas sociales complejas y las políticas públicas". En <http://www.margen.org/carballada/>.

- Chaher, S. (Compilación) (2014) Políticas Públicas de comunicación y género en América Latina. Comunicación por la igualdad Ediciones, Buenos Aires.

- Defensoría del Público (2014) Violencia mediática contra las mujeres. Disponible en: https://www.google.com.ar/search?q=Defensor%3%ADa+del+P%3%BAblico.+Violencia+medi%3%A1tica+contra+las+mujeres.&rlz=1C1SFXN_enAR643AR643&oq=Defensor%3%ADa+del+P%3%BAblico.+Violencia+medi%3%A1tica+contra+las+mujeres.&aqs=chrome..69i57.3393j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8

- Huergo, J. (2004). "El reconocimiento del 'universo vocabular' y la prealimentación de las acciones estratégicas". En Revista electrónica Nodos N° 4, noviembre de 2004. Disponible en <http://www.perio.unlp.edu.ar/nodos/>

-Margulis M., Urresti M., Lewin H. y otros (2014) Intervenir en la cultura. Más allá de las políticas culturales. Ed. Biblos, Buenos Aires.

- Mata, M. C. (2009). "Comunicación comunitaria: En pos de la palabra y la visibilidad social". En M. E. Carrieres, L. Danielli, M. Yedro, L. Romero, P. Espósito y P. Fasano (Eds.),

Construyendo comunidades... Reflexiones actuales sobre comunicación comunitaria (pp. 21-34). La Crujía Ediciones, Buenos Aires.

-Pansera, C. y Dubatti, J. (2006) Cuando el arte da respuestas, Ediciones Artes Escénicas, Buenos Aires.

-Rebellato, J. L.(2000), Antología Mínima, Edit. Caminos CMLK, La Habana, Cuba.

-Vich, V. (2014) Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política. Ed. XXI, Buenos Aires.